

ANNA M. FERNÁNDEZ PONCELA  
**VIEJOS DISCURSOS,  
 NUEVOS ENFOQUES:  
 LAS MUJERES CAMBIAN  
 EL MUNDO**

Fisher, Helen. *El primer sexo. Las capacidades innatas de las mujeres y cómo están cambiando el mundo*, Taurus, Madrid, 2000.

*Las mujeres son hoy más cultas, más capaces y más interesantes que nunca. Si ha habido algún momento en la evolución de la humanidad en que ambos sexos han tenido la oportunidad de tener profesiones satisfactorias y matrimonios más felices, ese momento es ahora (Fisher, 2000:20).*

Hace diez años debatía en un aula de la Universidad de Barcelona con mi estimada profesora Ma. Jesús Buxó, ella desde una postura esencialista, y yo accionalista convencida, testaruda e inclaudicable. Ma. Jesús no sólo tenía

más lecturas, estudios y experiencia que yo, ahora creo que estaba más próxima a la realidad su versión que la mía. No creo en el determinismo a ultranza de cierto sociobiologismo, por supuesto; pero cada vez estoy más convencida de que no sólo el medio ambiente, la educación y la cultura moldean la figura humana sexuada, hay algo más.

Lo que desearía traer a colación ahora no es tanto la diferencia de modelos teóricos, sino de perspectivas o enfoques del feminismo victimista a un feminismo optimista, actuante y esperanzado. Un ejemplo: "¿La mujer? Es muy sencillo, dicen los aficionados a las fórmulas simplistas: es una matriz, un ovario; es una hembra, y basta esa palabra para definirla", dice Simone de Beauvoir al iniciar el tomo uno de *El segundo sexo* (1985:29), mientras que por su parte Helen Fisher comienza el primer capítulo de su obra *El primer sexo*: "Dios creó a la mujer. Y el tedio cesó en verdad desde ese mo-

mento'. Friedrich Nietzsche no era precisamente feminista, pero al parecer apreciaba la mente femenina. Y no era el primero: "Las mujeres llevan aportando gracia, ingenio, inteligencia y ternura a la vida humana desde que nuestros antepasados avivaban sus fogatas en África hace millones de años"<sup>1</sup> (2000:21). ¿Qué diferencia hay de una cita a otra? Evidentemente el prisma con el cual se mira el tema abordado y posiblemente la vida, además de las distancias geográficas y, sobre todo, las temporales: medio siglo.

Hay algo más. Tanto candidatas políticas como algunas connotadas catedráticas feministas en el México de nuestros días, presentan un mismo discurso, añejo, clasista, egocéntrico: las mujeres son víctimas, las mujeres venimos a sufrir, las mujeres estamos discriminadas y subordinadas; pero yo no, yo soy una excepción y soy auto-

suficiente, y desde mi atalaya os ayudo a las pequeñas mortales que además creen a pies juntillas en mi retórica trasnochada. Eso sí, con mi discurso escrito de igualdad y de hermandad y amistad entre mujeres, y con mi práctica cotidiana de devaluar a mis congéneres, porque sólo yo y únicamente yo sé y tengo la verdad, anén.

Lo importante es cambiar, el cambio es difícil y doloroso a veces; pero es nuestra esencia y destino: todo cambia, nada permanece, aunque a veces sea lento, parcial y reversible (Fernández Poncela, 2000). No sólo las mujeres han cambiado en los últimos años, la sociedad y los hombres también, lo que parece más denotado es el discurso de las élites, sean éstas políticas, académicas o feministas, poco importa; su reloj social marca la hora con cierto retraso. Con excesivo retraso.

Y es en este sentido que la obra reciente de Helen Fisher me parece un bienvenido acierto: *El primer sexo. Las capacidades innatas de las mujeres y*

<sup>1</sup> Helen Fisher. *El primer sexo. Las capacidades innatas de las mujeres y cómo están cambiando al mundo*, Taurus, Madrid, 2000, p. 21.

*cómo están cambiando el mundo*, a un paso entre un manual de divulgación de autoayuda, un trabajo de perspectiva sociológica y un soplo de aire nuevo para el feminismo. Porque tal vez sus teorías pasen a la historia cuestionadas o superadas en su momento y su enfoque sea tachado de comercial y ligero, pero lo que trae es un viento fresco y cálido a la vez, es lo que muchas de nosotras hacía tiempo queríamos leer. Y repito, no tanto el contenido como el énfasis en que las mujeres sí podemos. Un nuevo volumen para adjuntarlo a la bibliografía tradicional de los estudios de género, pero esperamos que no sea el último en este sentido de innovar e inteligible. Porque ya basta del elitismo feminista cuando la discusión es tan pomposizada y especializada y conceptual y teórica, que no se llega a entender la polémica y mucho menos el sentido del debate mismo; pero para cuando ya se empieza a comprender en qué va la historia resulta que todo

eso está pasado de moda y vuelta a empezar.

Son tiempos nuevos y hay que aprovechar, porque ya los estudios sobre género son más y mejores fuera que dentro de los centros especializados de la academia con hombres y mujeres que no se autodenominan feministas; ya la práctica cotidiana ha sobrepasado los ideales y los sueños, y si todo es mejorable, también es tiempo de recuentos satisfactorios y de repensar muchas cuestiones. De no dejar de criticar, pero empezar también a hacer cuentas y valorar, así como pronosticar los nuevos escenarios del futuro cercano.

No estoy de acuerdo con algunas cosas, como cierto esencialismo, algo de etnocentrismo en sus datos y premoniciones en ocasiones; a veces también clasismo, una relativa superficialidad y universalismo ilimitado en cuanto a afirmaciones, que trata en ocasiones, eso sí, con cautela al hablar de sospechas personales. Así

como tampoco confluye con el idealismo en torno, según yo, a una mal conceptualizada sociedad civil y, por ende, a las mujeres en su bondadoso accionar social que a su vez liga a su ancestral condición maternal. Sería más acertado combinar la acción diversa y semioperante de la sociedad con la esfera política institucional, e incidir en esta última según las supuestas tendencias femeninas positivas que ella apunta en su discurso. No me gusta la insistencia sobre el brillante porvenir empresarial de las mujeres, desde la inuestionable lógica capitalista que subyace en su discurso. Tampoco creo que las mujeres son tan amorosas y armoniosas con sus congéneres —la envidia también existe— ni los hombres tan individualistas, jerárquicos y competitivos como los pinta.

Considero que no advierte, o no subraya suficientemente, cómo los avances laborales y educativos de las mujeres, así como la equidad entre los sexos que ella misma menciona, han

incidido e influyen a la larga, tanto o más en las relaciones entre hombres y mujeres que las causas genéticas, siguiendo su propia teoría. Pero hay más, el tiempo y la actitud femenina hacia el cuidado social, se reducirá seguramente, producto de dichas transformaciones o en paralelo a las mismas, como está teniendo lugar en nuestros días.

Hay varias explicaciones biologicistas y genéticas que no me convencen, así como el tono triunfalista, a veces desmesurado. Sin embargo, también reconoce las cualidades negativas de la población femenina, equilibrando en ocasiones ese primer impacto que su lectura provoca, e incluso señala también las habilidades masculinas en varios aspectos. Justo reconocimiento y equilibrio entre los sexos, las habilidades de uno y otro, así como sus desventajas.

Me quedan dudas sobre otros asuntos. Pero también concuerdo con la autora en aspectos tales como la inyección de optimismo, positiva y

necesaria, hoy por hoy sobre el tema. Su lectura es ágil, arena, desbordante y fascinante en ocasiones, sobre todo clara y muy amigable.

Es cierto, como afirma, que las mujeres hemos de aprender a separar sentimientos y emociones de las decisiones políticas y laborales, y tomar nos las cosas menos personalmente, así como conversar y solucionar los desencuentros entre nosotras mismas y con nosotras mismas. También, como indica, la facilidad para el lenguaje de la población femenina es una herramienta clave que ya ha sido utilizada, pero quizá no lo suficientemente explotada todavía en ciertos ámbitos. Por otro lado, es correcto positivar los aspectos culturales y psicológicos que favorecen el desarrollo de las mujeres con la menopausia, y no los negativos que estamos acostumbradas a oír en los últimos tiempos, si bien su explicación puede parecer algo endeble en este punto,

no sólo biológica sino también socialmente hablando.

Pero es cierto que aunque no todo está en los genes, tampoco todo tiene que ser modelaje cultural. Eso sí, tal vez lo biológico no pueda cambiarse tan fácilmente como la impronta medioambiental. Ambos aspectos interactúan, como ella deja bien claro a lo largo de toda su obra. En todo caso, se abre una importante polémica que esperamos no sea tan tediosa e infructuosa como la del trabajo doméstico hace algún tiempo, o sobre el concepto género, más recientemente.

Además, hay varias voces ya en el sentido de que, por ejemplo,

está surgiendo una nueva cultura empresarial donde se hace énfasis en una mayor comunicación y compromiso con la empresa. Para adaptarse a esta nueva realidad, las mujeres estarían mejor preparadas. En todo caso, los hombres tendrían que incorporar actitudes tradicionalmente femeninas. Es

decir, más disposición a colaborar y menos disposición a competir.<sup>2</sup>

indican que el mundo del mañana va a necesitar del espíritu femenino.<sup>3</sup>

Dice Helen Fisher:

Y es que

Hé aquí, pues, mi proposición inmodesta: a medida que las mujeres afluyen a la población activa remunerada en todas las culturas del mundo aplicarán sus aptitudes naturales a muchos sectores de la sociedad, influyendo de forma decisiva en el ámbito comercial, en las relaciones sexuales y en la vida familiar del siglo XXI. En algunos sectores importantes de la economía llegarán incluso a predominar, convirtiéndose así en el primer sexo. ¿Por qué? Porque las actuales tendencias en los negocios, comunicaciones, educación, derecho, medicina, gobierno y el sector sin ánimo de lucro, lo que se llama la sociedad civil,

Las mujeres tienen facultades excepcionales generadas en la historia profunda: habilidad verbal; capacidad para interpretar posturas, gestos, expresiones faciales y otros signos no verbales; sensibilidad emocional; empatía; excelente sentido del tacto, del olfato y del oído; paciencia; capacidad para pensar y hacer varias cosas simultáneamente; una amplia visión contextual de las cuestiones; afición a hacer planes a largo plazo; impulso maternal; y preferencia por cooperar, llegar a consensos y liderar sirviéndose de equipos igualitarios.<sup>4</sup>

De todo esto me agradecería que quedara una sencilla noción en torno a desterrar míticos y viejos discursos,

<sup>2</sup> Gonzalo Portocarrero. "Síntesis analítica del foro 'Mujeres y hombres, siglo XXI'", en *Revista de estudios de género. La ventana*, núm. 11, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 2000, p. 302.

<sup>3</sup> Fisher, op. cit., pp. 14-15.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 15.

y desenvainar la espada refulgente que señala que las mujeres no sólo no somos víctimas, sino que el mundo está cambiando a nuestro favor y nosotros estamos cambiando el mundo. No somos un mito creado por la sociedad, como diría Rosario Castellanos (1992). Ni un mito desde ciertos enfoques del feminismo o de estudiosas de las mujeres, añadiría yo. Eso sí, es conveniente, justo y necesario, revalorizar las consideradas cualidades femeninas, evitar la masculinización, estimular la influencia de la mujer en aquellos ámbitos en donde ha estado relegada en el pasado o lo está todavía en el presente. Porque quién sabe si las mujeres cambien el mundo, lo que es seguro es que el mundo cambiará. Ya Heráclito afirmaba que el río fluye y nunca nos bañamos en la misma agua, así de simple: "todo fluye y nada permanece".

Pienso que este mundo eliminará las categorías de primer y segundo sexo.

Poco a poco estamos avanzando hacia una sociedad en la que se fomentará una verdadera colaboración, hacia una cultura global en la que se emprenderán, se valorarán y se emplearán los méritos de ambos sexos. Puede que el siglo XXI sea el primero de la era moderna que verá a ambos sexos trabajar y vivir como iguales, de la manera en que fueron creados para vivir hombres y mujeres, de la manera en que hombres y mujeres vivieron durante tantos milenios de nuestro esencial pasado humano.<sup>5</sup>

### **Bibliografía**

- CASTELLANOS, Rosario. *Mujer que sabe a tñ*, Lecturas Mexicanas, México, 1992.
- DE BEAUVOIR, Simone. *El segundo sexo. Los hechos y los mitos*, Siglo Veintiuno, vol. I, Buenos Aires, 1985.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 30.

- FERNÁNDEZ PONCELA, Ana M. *Mujeres, revolución y cambio cultural. Transformaciones sociales versus modelos culturales persistentes*, Anthropos/UAM, Barcelona, 2000.
- PORTOCARRERO, Gonzalo. "Síntesis analítica del Foro 'Mujeres y hombres, siglo XXI'", en *Revista de estudios de género. La ventana*, núm. 11, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 2000.

## MARÍA J. RODRÍGUEZ-SHADOW A PROPÓSITO DE LAS DIOSAS

Lanier Graham, *Diosas*, Cátedra, Madrid, 1996, fotografías a colores.

El estudio de las deidades femeninas y el papel que juegan en el imaginario de los distintos grupos humanos ha llamado la atención de antropólogos e historiadores desde siempre, pero este interés se ha acentuado en fechas recientes. Como era de esperarse, muchas de estas investigaciones se enfocan tanto en el examen de los restos arqueológicos, en el análisis de los mitos cosmogónicos, así como en las fuentes literarias, con el interés de establecer conexiones entre el papel asignado a las deidades femeninas y los roles impuestos a las mujeres en culturas determinadas y en periodos históricos específicos.

En Mesoamérica tenemos excelentes ejemplos de este tipo de estudios,